

- ¡Para hoy, los iguales para hoy! - entonaba a diario aquella mujer ciega de la calle Padilla, vendedora de los cupones de la ONCE. Grito machacón que le propició su mote y el de toda su familia, los “Parahoy”.

- ¡París, parís! ¡Helados! - gritaba aquel enjuto anciano tras el descanso de la siesta estival tirando de su carrito calle arriba. Haciendo rima con el nombre de aquellos barquillos que vendía, los muchachos - ingenua malicia - le habían sacado un soniquete, que al buen hombre parecía no hacerle mucha gracia: “París, parís, el tío Canito se va a morir”, cantaban algunos a su paso.

- ¡Torrao, torrao! - atronaba el tío Varona los domingos por la mañana cargado con su cesta de mimbre repleta de pipas y tostones.

- ¡Picón! ¡Se vende picón! ¡El piconero! - eran gritos invernales.

- ¡Peces vivos, mujereees! - se dejaban oír en



el atardecer las esposas e hijas de los pescadores del Tajo, que ofrecían barbos y carpas, y a veces también alguna que otra anguila.

- ¡Pellejeeero! - vociferaban los pieleros en busca de pellicas de liebres y conejos que la gente guardaba para poder ayudar, aunque fuera de modo tan insignificante, a la siempre maltrecha economía del hogar

- ¡Pimienta, azafrán, canela y clavo! ¡Pimientooón! - clamaban los especieros y pimentoneros, que solían llegar de tierras levantinas alrededor de Todos los Santos, cuando se avecinaba la época de la matanza.



- ¡El esquilaooooor! - se oía la voz del tío Marcelo o de su hijo Francisco que, tijeras en ristre, pasaban en busca de clientes cuadrúpedos para su tonsura.

- ¡Navajas de Albacete!- se ofrecían para renovar la “armería” doméstica.

- ¡Boquerones, sardinas, japuta, chicharrooo! - aireaban su mercancía las Cacharras, aquellas orondas pescaderas, empujando su carrito con las distintas especies marinas, auténtica pescadería ambulante.

Y cuando todas las voces se habían acallado, en medio de la soledad de la noche, en un vacío que sólo el ladrido de los perros llenaba, se alzaba la voz del sereno: -¡La una y sereno! - sonaba como una trallazo bajo la cúpula del cielo en una época en que este personaje era el encomendado de pregonar los “partes del tiempo” a nivel doméstico. Un cielo cuajado de estrellas. Un cielo límpido, no enturbiado por la contaminación lumínica que el progreso nos impone hoy.

Voces de vendedores ambulantes de toda índole: cacharrereros, traperos, especieros, pieleros, copleros, afiladores, estañadores y tantos otros cuyos reclamos siguen surcando el aire de otro espacio de nuestra vida. Un tiempo en que la calle hablaba por sí sola. Tiempo volatizado frente al sosegado presente que da fe, en nuestra vigente realidad, de caducas experiencias, proyectos truncados y de un ánimo más de ocaso otoñal que de surgente primavera... Una mirada atrás que produce placer y a la vez cansancio, cansancio de sensaciones olvidadas, de esa carga insostenible de nuestra memoria esperando no se sabe qué (siempre hay algo por llegar, algo que nos falta, algo que masculla el silencio, que rumia la indiferencia). Cuesta tragar este nudo que forma la melancolía pesarosa, como agua salobre, agua ponzoñosa, que al final resbala por la garganta.

Tiempo revivido en una tarde gris (decididamente gris), observando desde una ventana que da al patio interior de la existencia. Atalaya desde la que se vislumbra el río de la vida que quedó atrás, mientras ensartamos una ristra de sueños, y quién sabe si de rotas esperanzas, y nos arrastramos por en el silencio para dar rienda suelta a todo el desaliento reunido, despejar la indiferencia por todo lo que se hizo y lo que nunca se pudo hacer y acoger los pensamientos, que irrumpen en tropel, envueltos por la nostalgia ... la nostalgia, esa hija legítima de la soledad.

Voces que oscilan en un vaivén pendular de sentimientos encontrados, donde cada una de ellas deja tras de sí una vida por contar, una historia por componer. Gritos cascados, enmohecidos, apergaminaados. Rumores casi imperceptibles... Todo sin salir de mi calle, aquella calle, como muchas otras, donde a la felicidad se la conocía por otros nombres, y donde a diario la miseria se vestía de gala.